DOCUMENTO PREPARADO POR DR. ELLACURIA
PARA SER ENVIADO A

Señor Joan Mari Torrealdai
JAKIN
Ategorrieta hiribidea, 23 - 1, esk.
DONOSTIA-13
SAN SEBASTIAN
ESPAÑA.

S. J.

12 de junio de 1985 POR VALIJA DIPLOMATICA
No se hizo carta sólo se le puso una tarjeta
del Rector.

PERSPECTIVA POLÍTICA DE LA SITUACIÓN CENTROAMERICANA

S.J.

Centroamérica se ha convertido en estos últimos diez años en una de las fronteras del mundo actual. Es a primera vista sorprendente que este conjunto de seis naciones, Guatemala, Honduras, El Salvador, Nicaragua y Costa Rica, a las que por razón del itsmo centroamericano puede añadirse Panamá, que en conjunto rondan los 25 millones de habitantes y que económicamente no representan un mercado sustancioso para las grandes potencias, se haya convertido en una de las preocupaciones fundamentales de las grandes potencias, pero también de muchos pueblos. Suele hablarse como explicación de esta importancia de la situación geopolítica del itsmo, que constituye la vinculación física de Norte y Suramérica y del peligro que toda la cuencia del Caribe puede constituir para el avituallamiento por parte de Estados Unidos de materias primas importantes para su seguridad y desarrollo. Se habla así de que Cuba, Nicaragua y eventualmente El Salvador podrían convertirse en amenaza a la seguridad de Estados Unidos.

Sin embargo, cualquiera sea el grado de verosimilitud que se de a ese razonamiento, no reside en él la importancia real de lo que está ocurriendo en Centroamérica. Es algo mucho más grave que eso; es, si se quiere, algo mucho más peligroso que eso. La amenaza de Centroamérica al imperialismo norteamericano y al capitalismo occidental es fundamentalmente ideológica. Centroamérica denuncia con su propia realidad la verdad del fenómeno capitalista e imperialista, que muestra así sus entrañas más negras y destructoras, mientras que con sus luchas anuncia otro camino que hoy puede parecer utópico para los poderosos de este mundo pero que no deja de ser el único realmente posible para cuatro quintas partes de la humanidad, aquellas que hacen de la pobreza impuesta el ambiente natural de su desarrollo.

La naturaleza de la crisis centroamericana no es difícil de describir en sus características más esenciales así como tampoco en su significado universal. Casi a la orilla de la frontera del país más rico y poderoso del mundo, en lo que se ha

S.J.

llamado el traspatio de Estados Unidos, se agolpa un racimo de países que son su contradicción manifiesta. Cifras de la CEPAL dalan para 1980 que el 40.3% de la población centroamericana vivía en extrema pobreza, definida ésta como aquella situación en que el ingreso familiar no cubre el costo de la canasta básica de alimentos; a este 40.3% hay que añadir un 22.5%, cuyo ingreso familiar tiene mínimamente resuelto el problema de la alimentación, pero no alcanza a satisfacer las necesidades básicas de vivienda, salud y educación. Lo cual hace que el 62.8% viva en condiciones inhumanas de pobreza (71% en Guatemala, 68.2% en Honduras, 68.1% en El Salvador, 61.5% en Nicaragua). Hoy esta situación está peor y sigue empeorando con la excepción de Nicaragua.

Durante muchos años, prácticamente desde la independencia de estos estados, los norteamericanos y sus gobiernos no sólo han visto con naturalidad esta situación, como si los derechos humanos sólo fueran para ellos, sino que la han visto como conveniente. Desde luego que ha predominado más la indiferencia y el complejo de superioridad que la malicia consciente, pero también es cierto que desde el imperio del norte se ha favorecido permanentemente el status quo a través de gentes a su servicio -el caso más manifiesto es el apoyo norteamericano a la dictadura somocista- sin importarles para nada ni los métodos represivos usados ni la violación permanente de lo que la democracia norteamericana piensa que para ellos son límites intraspasables. Cualquier movimiento de reivindicación social o simplemente política era aplastado por quienes en cada uno delos países representaban los intereses oligárquicos, para lo cual se contaba siempre con el respaldo de Estados Unidos que considera suya la zona a la hora de mirar por su seguridad pero ajena a la hora de medir los males que padece. Lo que el capitalismo criollo y el imperialismo norteamericano han conseguido durante más de 150 años de independencia a la vista está: apariencias de democracia formal en las que el militarismo es manifiesto y necesario para sostener a la fuerza y con la fuerza regímenes que gobiernan

S. J.

más que a espaldas sobre las espaldas de unas mayorías populares que apenas tienen lo suficiente para sobrevivir. Las cifras ahí están y en ningún momento pueden disculparse por trabas que nunca han tenido para hacer lo que han considerado más conveniente. El fracaso de esa ideología capitalista y de su práctica correspondiente no ha podido ser en Centroamérica más evidente.

Esta injusticia estructural acumulada ya desde los tiempos de la colonia hizo que, tras el breve respiro de los primeros éxitos del mercado común centroamericano, al final de los años sesenta fueran cobrando consistencia cada vez mayor movimientos revolucionarios de liberación. Las condiciones objetivas estaban dadas por una miseria creciente que se hacía cada vez más insostenible y desde luego más intolerable comparada con los derroches y los privilegios de unas minorías que lejos de ocultar su desigual condición la exhibían. La causa era a todas luces justa porque pretendía que cesase la opresión y la represión. Pero es que además, y esto es bastante peculiar del caso centroamericano, se había despertado una gran fe y una firme confianza en las posibilidades revolucionarias de los más pobres, del pueblo oprimido. Esta intuición general se revestía a veces de doctrina marxista, como si esos más pobres fueron los proletarios o, más ampliamente, una alianza obrero-campesina que desde la teoría marxista-leninista se quería imponer. Pero la intuición fue anterior a la doctrina y la realidad compleja desbordó el esquematismo del doctrinarismo marxista. La conciencia de lo intolerable de la situación, de la necesidad de cambiarla y del puesto que había que atribuir en el cambio a los que eran víctimas principales de la opresión, no fue sólo resultado de la práctica marxista sino que lo fue también de la predicación cristiana que había asumido las enseñanzas de Medellín y con ellas el papel de los pobres en la historia. La revolución que se veía como necesaria para transformar las estructuras injustas fue vista como posible sobre todo por las organizaciones populares revolucionarias.

Queda fuera de nuestras posibilidades de espacio discutir el carácter y el origen

S. J.

más que a espaldas sobre las espaldas de unas mayorías populares que apenas tienen lo suficiente para sobrevivir. Las cifras ahí están y en ningún momento pueden discutirse por trabas que nunca han tenido para hacer lo que han considerado más conveniente. El fracaso de esa ideología capitalista y de su práctica correspondiente no ha podido ser en Centroamérica más evidente.

Esta injusticia estructural acumulada ya desde los tiempos de la colonia hizo que, tras el breve respiro de los primeros éxitos del mercado común centroamericano, al final de los años sesenta fueran cobrando consistencia cada vez mayor movimientos revolucionarios de liberación. Las condiciones objetivas estaban dadas por una miseria creciente que se hacía cada vez más insostenible y desde luego más intolerable comparada con los derrroches y los privilegios de unas minorías que lejos de ocultar su desigual condición la exhibían. La causa era a todas luces justa porque pretendía que cesase la opresión y la represión. Pero es que además, y esto es bastante peculiar del caso centoramericano, se había despertado una gran fe y una firme confianza en las posibilidades revolucionarias de los más pobres, del pueblo oprimido. Esta intuición general se revestía a veces de doctrina marxista, como si esos más pobres fueron los proletarios o, más ampliamente, una alianza obrero-campesina que desde la teoría marxista-leninista se quería imponer. Pero la intuición fue anterior a la doctrina y la realidad compleja desbordó el esquematismo del doctrinarismo marxista. La conciencia de lo intolerable de la situación, de la necesidad de cambiarla y del puesto que había que atribuir en el cambio a los que eran víctimas principales de la opresión, no fue sólo resultado de la prédica marxista sino que lo fue también de la predicación cristiana que había asumido las enseñanzas de Medellín y con ellas el papel de los pobres en la historia. La revolución que se veía como necesaria para transformar las estructuras injustas fue vista como posible sobre todo por las organizaciones populares revolucionarias.

Queda fuera de nuestras posibilidades de espacio discutir el carácter y el origen

ARCHIVO IGNACIO ELLACURÍA S. J.

de estas organizaciones, a las que Monseñor Romero y Monseñor Rivera dedicaron una valiente y aguda carta pastoral en 1978. Su carácter organizativo marxista e incluso sus formulaciones ideológicas y prpagandísticas de fuerte colorido marxista-leninista no dan expresión a toda la riqueza del movimiento ni en el caso de Nicaragua, ni tampoco en los de Guatemala y de El Salvador, porque en los tres países, aunque de distinta forma y en diferente medida, se ha hecho poderosamente presente la fe cristiana, sobre todo en los militantes de base, aunque también más ocasionalmente entre los dirigentes, bastantes de los cuales tomaron arranque de una relectura de la biblia en comunidades de base desde la perspectiva más o menos explícita de la teología de la liberación. El punto esencial de unos y de otros era la necesidad de terminar con la opresión y la de confiar esta tarea principalmente a las víctimas de la misma como aplicación también a la política de lo que se ha venido denominando teológicamente como opción preferencial por los pobres.

Aquí está el arranque de lo que va a constituir la novedad centroamericana, que por diversos avatares llevó al triunfo a los sandinistas y que ha llevado a los revolucionarios de El Salvador y de Guatemala a suscitar movimientos sumamente poderosos que todavía no han podido ser destruidos, a pesar de toda la fuerza que se ha aplicado contra ellos. Se da así una confrontación entre lo que es el capitalismo en su concreción histórica centroamericana y lo que es el anticapitalismo y el antiimperialismo. Si es que eventualmente se ha ido a parar al marxismo o al comunismo (socialismo) es porque se era anticapitalista y se era anticapitalista porque el capitalismo era la concreción histórica de la opresión de las mayorías populares. No se es entonces anti-capitalista porque anteriormente se era marxista, sino que se llega eventualmente al marxismo porque no se tiene a la mano otra forma de combatir lo que es el capitalismo y el imperialismo en la situación centroamericana. No es la ortodoxia política ideológica la que determina la praxis revolucionaria sino que es la praxis revolucionaria la que busca justificarse teóricamente en las

S. J.

doctrinas y en las organizaciones que se presentan realmente como las contradicciones principales del orden capitalista.

Se trata fundamentalmente de luchas de liberación en las que toman parte mayoritariamente campesinos, pero también estudiantes y obreros y, en el caso de Guatemala, indígenas. La práctica superar así la formulación teórica que quiere ver al proletariado como el sujeto principal de la revolución o quiere ver al partido como la vanguardia imprescindible. La sustitución de la idea de partido por la idea de organización popular está en principio llena de posibilidades,aunque la rutina doctrinaria no haya sacado de esa sustitución todas las posibilidades que llevaba dentro. La advertencia de Monseñor Romero de no absolutizar la organización y de no sustituir al pueblo real por una organización que lo represente apunta a un peligro real e indica un ideal que no se ha podido conseguir de forma plena, ni siquiera en el caso del sandinismo.

Esta revolución tuvo que plantearse en términos armados, en términos de violencia. Los obispos nicaraguenses aceptaron que la situación de injusticia y rpresión del régimen somocista permitía y aun exigía la insurrección armada. Partes importantes de la iglesia salvadoreña y de la iglesia guatemalteca pensaron lo mismo, al juzgar que su situación era aun más dramática que la vivida por los nicaraguenses. No puede decirse, sin embargo, que en el principio revolucionario fue la violencia. Puede ser cierto que el análisis mostrara a los revolucionarios que sólo por la fuerza iban a poder cambiar satisfactoriamente lo que era urgente y necesario cambiar. Fue la teoría del pueblo en armas. Pero históricamente hay que hacer dos salvedades: que la primera violencia era la del desorden establecido que llevaba a la muerte por hambre y/o represión, y que lo primero que se ejercitó fue la violencia no armada del pueblo organizado y movilizado. Este es el caso sobre todo de El Salvador con un crecimiento cuantitativo y cualitativo de las organizaciones de masa realmente sorprendente. Sólo cuando este camino de la resistencia activa no armada -aun

ARCHIVO IGNACIO ELLACURÍA S. J.

reconociendo que se dieron casos no infrecuentes de terrorismo inaceptable- fue reprimida violentamente, se recurrió a convertir en elemento estratégico principal la lucha armada, pero una lucha armada no de carácter terrorista sino de carácter guerrillero, que ha venido a dar en los casos de Nicaragua, Guatemala y El Salvador a una guerra civil en que se enfrentan o se enfrentaron verdaderos ejércitos.

Claro está que una situación de estas características no podía dejar impasibles a las grandes potencias. Siendo el conflicto centroamericano originaria y esencialmente un conflicto de oprimidos contra opresores, de pobres contra ricos, del sur contra el norte, aunque la violencia la hayan comenzado los opresores, los ricos y el norte, también se ha convertido en un conflicto de intereses entre el este y el oeste. Pero este segundo conflicto por más que pueda ser importante y principal desde un punto de vista mundial, no lo es ni siquiera ahora desde un punto de vista estrictamente centroamericano. Y aun en el caso de la perspectiva este-oeste es claro que quien internacionaliza el conflicto es mucho más Estados Unidos que la Unión Soviética. Así como es clara la presencia de la Unión Soviética en Cuba, es clara la presencia de Estados Unidos en El Salvador, Honduras y Guatemala, así como en Costa Rica y Panamá. Y así como no es clara la presencia de Estados Unidos en Cuba o Nicaragua, tampoco es clara la presencia de la Unión Soviética ni en El Salvador ni en Guatemala ni en Honduras. La presencia norteamericana en estos países es preventiva y no responsiva: no responde a una presencia extranjera que no se da o que apenas se da sino que intenta hacerse presente para que ninguna otra fuerza no simpatizante con Estados Unidos pueda adquirir ~~fuerza~~ vigencia en el área. Más aún ha de decirse que Estados Unidos no busca en el área una seguridad a la que tuviera derecho; tal seguridad no está en peligro. Lo que busca es una hegemonía imperialista o, al menos, no entiende otra forma de cuidar por su seguridad justa más que en términos de absoluta dominación sin respeto alguno a la soberanía de las naciones o a la autodeterminación de los pueblos. Lo mismo sucede con la Unión Soviética en su zona de

ARCHIVO IGNACIO ELLACURÍA S. J.

influencia, pero este no es argumento válido para los centroamericanos pues el mal de unos no justifica el mal que hacen los otros y en nuestro caso no es la Unión Soviética quien interviene de lleno sino mucho más Estados Unidos.

Las luchas de liberación, en consecuencia, no son en primer lugar lucha contra los imperios. Son ante todo lucha contra la injusticia y la dominación que unos pocos ejercen contra muchos, contra unas estructuras de todo tipo que impiden la libertad de las mayorías. Son lucha por una sociedad más justa en la que el nacionalismo y la soberanía serán condiciones pero no los objetivos últimos. Se trata de que las mayorías populares inventen y desarrollen su propio proyecto político, en el que ellas sean sujetos principales del proceso histórico como van siendo sujetos principales de las luchas revolucionarias. En esta lucha no está del todo claro el perfil concreto de lo que se pretende y menos aún el conjunto de medios necesarios para realizarlo; es más claro lo que no se quiere que lo que se quiere, cuando este querer y no querer se reduce a términos concretos. Por eso se acude a veces con precipitación a modelos ya hechos porque no hay tiempo para inventar ni hay posibilidades reales múltiples entre las que elegir. En este sentido el ejemplo de Nicaragua es aleccionador por cuanto las condiciones reales del proceso van delimitando posibilidades a veces muy reducidas sobre todo por la presión a la que se ve sometida. So pretexto de que el sandinismo pretende instaurar un totalitarismo marxista se le impide de hecho trazar su propio proyecto y avanzar por su propio camino mediante el ahogo económico y la agresión armada.

Esto no obstante, la lucha de liberación es también en busca de la propia autodeterminación como pueblo, en busca de mayor soberanía. No se trata ya de una liberación sólo del colonialismo estrictamente tal, pues estos países son formalmente independientes no mucho después de que lo fuera Estados Unidos. Se trata más bien de una liberación del imperialismo que pasa por encima de las soberanías nacionales

ARCHIVO IGNACIO ELLACURÍA S. J.

para determinar lo que se debe hacer y lo que no se debe hacer. Estados Unidos quiere imponer el modelo de democracia que es el más adecuado para sus intereses sin detenerse a examinar si es el más adecuado a los intereses de unos pueblos cuyo nivel económico está gigantescamente distanciado del suyo. No por ello quiere caerse en otra esfera de dominación que representa unos valores, unas creencias y unos sistemas de vida que no se acomodan tampoco a la idiosincrasia de los pueblos centroamericanos.

Se trata, en definitiva, de crear una nueva sociedad más allá de los esquemas dados por un capitalismo históricamente conocido o por el socialismo históricamente realizado. Tarea sin duda difícil pues no parece darse alternativa distinta en este momento histórico, ya que los dos sistemas responden a una misma necesidad histórica y las fuerzas del desarrollo no parecen posibilitar caminos distintos de los abiertos actualmente. Lo único que parece permisible es la evolución creadora a partir de uno u otro de los sistemas.

Desde este punto de vista puede verse en el modelo nicaraguense un intento serio de renovar al fondo el sistema socialista. Este intento de renovación podría caracterizarse con las siguientes notas: 1) situar a las mayorías populares como sujeto político primario tanto a la hora de recibir los beneficios y bienes que desarrolla el país como a la hora de determinar creativamente el proceso; 2) emprender una tarea de liberación integral que supere las estructuras opresivas pero no para caer en otras formas de dominación; 3) atención primordial a las necesidades básicas sin cuya satisfacción no se puede empezar a hablar de libertad; 4) creación y asimilación de valores nuevos que no se fundamenten sobre la propiedad privada y sobre el tener más sino sobre la solidaridad y el desarrollo de la propia humanidad; 5) pluralismo en lo político, en lo cultural, en lo religioso que respete distintos modos de desarrollo personal y grupal con rechazo de todas formas de imposición totalitaria; 6) preponderancia de los intereses generales sobre los intereses particulares,

S. J.

especialmente de los intereses de las elites más poderosas; 7) soberanía nacional y autodeterminación popular, una de cuyas formas son los procesos electorales, pero no la única ni, en la práctica, la que supone mayor participación; 8) economía mixta como reflejo de todo lo anterior, de modo que se aprovechen las iniciativas particulares pero sin que esto suponga la imposición o el disfrute de ventajas competitivas para los que tienen más; 9) respeto a las libertades de conciencia, de expresión, de organización y de movilización como libertades fundamentales que deben ser patrimonio de todos pero especialmente de las mayorías populares que tienen un acceso mucho más difícil a ellas; 10) preocupación por favorecer todos los procesos de auténtica liberación que se den en el mundo, especialmente los que se den en el área centroamericana; 11) creación de un nuevo humanismo y de una nueva civilización como resultado de una praxis que ponga como ideal el mayor bien de las mayorías populares, tenido en cuenta el estado en que se encuentra hoy la mayor parte de la humanidad como consecuencia de los humanismos y de las civilizaciones imperantes.

Otra pregunta distinta es si la práctica del sandinismo está llevando plenamente adelante estos criterios de actuación política. Debe decirse que no. Y esto por dos razones principales. Primera y más grave porque se ve asediado por el mayor imperio del mundo que no le permite aprovechar sus energías en la línea en que pretendería hacerlo; segunda, porque en la práctica ve en la consolidaación del sandinismo como partido y vanguardia y en el mantenimiento del poder estatal un medio tan importante que se convierte en fin, con subordinación a él de los valores que quisiera conseguir para las mayorías populares. La primera razón se toma a veces como justificación de la segunda y la suma de las dos lleva a algunas prácticas que no sólo descuidan sino que contradicen los valores que se dice perseguir.

La situación de El Salvador plantea el problema en otros términos por ser las posibilidades distintas. En Nicaragua los revolucionarios están en el poder mientras que

ARCHIVO HISTÓRICO FILOSÓFICO S. J.

en El Salvador los revolucionarios están en las montañas y sus posibilidades de triunfo militar, dada la ingente y creciente intervención norteamericana, no son grandes ni a corto ni a mediano plazo. Esta situación plantea de inmediato el problema de si la guerra ha de continuarse indefinidamente a la espera de que esa continuación pueda traer el derrumbei del adversario o ha de terminarse si se consiguen condicciones suficientes para que las mayorías populares puedan luchar por medios no violentos o, al menos, no armados en favor de sus derechos. La respuesta teórica no parece difícil: una vez que no es posible el triunfo militar que hubiera permitido la instauración de un orden político más afín a las necesidades de las mayorías populares, el atenerse a la lucha armada no puede ser más que una etapa provisional que facilite por medio de la negociación una presencia segura y efectiva de las organizaciones populares en la lucha política. El desarrollo y la matización comprobadora de esta respuesta no es necesario darla aquí, una vez que los propios frentes han ofrecido la vía de la negociación. Esto quiere decir que en el mejor de los casos se va a llegar a ~~un compromiso~~ que en este caso será el de la transformación del sistema capitalista y no, ~~a~~ como en el caso de Nicaragua, el de la recreación del sistema ~~capitalista~~ socialista. Esto no obsta a que por el camino de la transformación del sistema capitalista no se llegue, si las condiciones son oportunas, a la creación de un nuevo sistema que ya no sería capitalista, pero cuyo ~~perfil~~ perfil sólo la praxis histórica podría ir dibujando. Lo que ahora se negocia no es el ideal de estado que se pretende sino el proceso justo para que las mayorías populares puedan llevar adelante su proceso de liberación. Negociación muy difícil porque es objeto de intereses contrapuestos tanto de las fuerzas sociales del país como de intereses extranjeros.

Este proceso debe tener características bien definidas: 1) que las mayorías populares puedan organizarse de tal modo que puedan hacerse presente y eficaz en la marcha del país la fuerza que les corresponde y que de hecho tienen, como lo han de

S. J.

mostrado en estos últimos años; 2) que para ello se logre retirar del escenario salvadoreño toda forma de intervencionismo extranjero, sobre todo el intervencionismo militar; 3) que se garantice el respeto a los derechos humanos sobre todo el derecho a la vida, a la libertad y a la actividad política, por cuanto lo que se pretendería en esta etapa es la reactivación política de la mayor parte del pueblo salvadoreño más allá de la esporádica y mínima actividad que suponen los procesos electorales; 4) garantías ciertas y seguras de que no habrá abusos de poder, especialmente de que el ejército respetará lo negociado entre las partes en conflicto; 5) un poder judicial honesto y absolutamente respetado que dirima los puntos en conflicto; 5) supresión de toda forma de violencia armada o destructora y no sólo de toda forma de terrorismo.

Si este proceso negociador se llevara a cabo, no sólo se podría encontrar la forma más racional y justa para terminar con el conflicto armado que está destruyendo cada vez más profundamente al país sino que haría posible un nuevo escenario para encontrar una solución original a las necesidades de El Salvador. Ciertamente la presencia de los movimientos revolucionarios ha obligado incluso a Estados Unidos a conceder que la oligarquía vaya perdiendo poder en El Salvador aunque sea todavía en grado pequeño y a permitir un conjunto de reformas que podrían implicar cambios importantes. Esto es un logro del movimiento revolucionario, sin cuya amenaza no hubiera sido posible ni siquiera el triunfo de la democracia cristiana ofrecida como una alternativa reformista a la propuesta más radical de los revolucionarios. Pero que esto no sea suficiente lo sigue demostrando la masiva violación de los derechos humanos que se sigue dando (más de dos mil asesinados por fuerzas militares o paramilitares en 1984) y la posibilidad siempre abierta de que la extrema derecha económica, política y militar recupere el poder total, cosa que de momento no ocurre por presión norteamericana. Se trata todavía de un equilibrio inestable que sólo supondrá un avance definitivo cuando las mayorías populares y su representación en

S. J.

las organizaciones populares puedan participar de lleno y efectivamente en el ejercicio del poder real.

Esto no significa absolutizar las organizaciones populares tal como estas se dan en los frentes democrático y revolucionario, que a veces se arrogan la representación popular de una manera o absoluta o hegemónica. La sistemática represión de estos cinco años que ha supuesto más de cincuenta mil asesinados pertenecientes al FDR-FMLN o simplemente simpatizantes de los frentes, la disminución de la actividad política de masas por parte de los frentes en beneficio de la lucha armada o de la propaganda política en el extranjero, la salida del país de más de medio millón de salvadoreños que podrían considerarse simpatizantes, la propaganda política que los enemigos de la revolución tienen haciendo sistemáticamente durante todo este tiempo... hacen que las organizaciones político-militares se hayan distanciado de una gran parte de la población, que las siente alejadas cuando no peligrosas. La enorme crisis económica, paliada sólo por la asistencia financiera del extranjero, y el cansancio de la guerra sentido por quienes han visto a sus hijos o familiares muertos en ella, por quienes sienten cada día los efectos del sabotaje a la energía eléctrica y al transporte, especialmente hacen que muchos salvadoreños no se sientan identificados con las propuestas revolucionarias al menos de momento. No conviene en este sentido pasar por alto el significado no decisivo pero sí importante de cientos de miles de electores que votan por la extrema derecha y otros cientos de miles que votan por la democracia cristiana. Las organizaciones populares representan un ideal revolucionario, representan también los intereses objetivos de muchos salvadoreños y también sus expectativas, pero no tienen por qué pretender sustituir la voluntad popular que hoy por hoy no se ve reflejada cabalmente por quienes se estiman a sí mismos vanguardias. Es menester arrancar del reconocimiento de un pluralismo popular que si no es respetado, lleva a formas totalitarias y dictatoriales de proceder. No hay caso aquí para una dictadura del proletariado pues ni hay proletariado masivo ni la nueva sociedad se ha de construir por la vía de la dictadura.

Como quiera que sea, si tomamos a una el caso nicaraguense y el caso de El Salvador que con el de Guatemala en menor medida constituyen la novedad mundial que ha alertado a las superpotencias y ha ilusionado a tantos hombres de buena voluntad, vemos que se está dando una batalla desigual entre los representantes del imperialismo capitalista y los representantes de unos pueblos que buscan su liberación. En el caso de Nicaragua Reagan pone todo su peso personal y, sobre todo, su retórica para aplastar a la revolución nicaraguense, que tiene el coraje de resistirle y no aceptar el tipo de democracia que le propone; en el caso de El Salvador la administración norteamericana pone todavía un empeño mayor en aplastar a los revolucionarios y así este año dedicará casi el 50% de toda la ayuda a Latinoamérica a fortalecer al gobierno de El Salvador en su combate contra el FMLN, gobierno que ya de su parte dedica el 40% del presupuesto nacional a actividades bélicas y militares, sin que con ello logre hacer retroceder al movimiento revolucionario. La presión a la que se ven sometidos los sandinistas no tiene comparación con la presión a la que se ven sometidos los combatientes del FMLN, quienes con todos los pronunciamientos en su contra, siguen siendo un peligro que obliga a la administración Reagan a preferir el escenario salvadoreño a la hora de su actuación sobre cualquier otro escenario latinoamericano. En todo ello no sólo se aprecia un intervencionismo descarado en asuntos internos de países soberanos sino una negación permanente de los principios democráticos que se dice son consustanciales a la sociedad norteamericana. En el caso de Nicaragua la administración Reagan ha mentido persistentemente al decir que su ayuda alos contras era para impedir la intervención de Nicaragua en El Salvador cuando, como se ha visto y reconocido más tarde, lo que con ella se pretendía era la intervención de Estados Unidos en los asuntos internos de Nicaragua; más aún ha propiciado toda forma de terrorismo olvidándose de las condenas y amenazas que lanza sobre Libia y otros países como fomentadores del terrorismo; incluso ha eludido al tribunal de La Haya poniendo su prepotencia por encima de la ley; ha demostrado en suma la mentira que subyace al planteamiento democráti-

ALFONSO IGNACIO ELLACURÍA S. J.

co norteamericano, cuando entra en juego lo que se estiman como intereses nacionales. Lo mismo puede decirse en el caso de El Salvador donde toleró, excusó, cuando no promovió, la etapa terrorista más negra de la historia de ese pueblo en la que el Estado apoyado por ellos se convirtió en el aparato de asesinar más monstruoso que pueda imaginarse; donde todavía trata de rebajar y aun de disculpar las violaciones de los derechos humanos para no perder credibilidad a la hora de pedir más recursos económicos en orden a continuar la guerra en El Salvador, a cuyo capítulo se quieren adscribir acciones que siguen siendo gravemente atentatorias de los derechos humanos.

No quiere esto decir que por parte del sandinismo o de la guerrilla salvadoreña no se den violaciones de los derechos humanos y aun contradicciones entre lo que se dice procurar y lo que se realiza cotidianamente. Pero, en primer lugar, esto no justificaría lo anterior, lo hecho por los paladines de la libertad, de la democracia y de los derechos humanos. Y, en segundo lugar no pueden compararse ni cuantiativa ni cualitativamente lo hecho por los sandinistas y los guerrilleros salvado con lo hecho por sus oponentes, si además se tiene en cuenta que aquellos ~~quienes además~~ eventualmente reconocen sus excesos o los justifican sin subterfugios mentirosos. La abolición de la pena de muerte tras el triunfo de la revolución sandinista, el que su primera campaña nacional fuera para conseguir la alfabetización de todo su pueblo o el ofrecimiento del FMLN-FDR de buscar en el diálogo y la negociación las soluciones más racionales no para unos pocos sino para las mayorías populares son signos de formas nuevas de entender al hombre y de promover las relaciones sociales. Ciertamente queda mucho por hacer, mucho por cambiar y corregir, mucho de que arrepentirse humana y políticamente, pero nada de ello obsta a que se reconozca el idealismo del proyecto y su profundo carácter innovador ante los clichés repetidos de una civilización occidental que ha permitido el crecimiento acelerado de unos pocos junto a la multiplicación increíble e incomparable de cientos de ~~xxxxxxxx~~ millones de pobres que son la mayor parte de los habi-

ARCHIVO IGNACIO ELLACURÍA S.J.

tantes de la tierra. Cada vez hay más pobres en el mundo y su crecimiento es mucho mayor que el de los ricos; cada vez hay más hambrientos, más desempleados, más analfabetos, etc. Nunca los ha habido tántos en la historia de la humanidad como los hay hoy, aunque mañana sin duda los habrá más. Ante esta tragedia de la historia humana, copatrocinnda por los países poderosos de la tierra, sean capitalistas o socialistas, el esfuerzo de estos pequeños países de Centroamérica representan un ejemplo excepcional y es posiblemente esta ejemplaridad testificada con un coraje increible la que ha hecho despertar al mundo y poner sus ojos en Centroamérica, porque en sus campos y en sus luchas se está dando la contraprueba de la falsedad de la civilización que los poderosos de este mundo han ido construyendo con cosas en sí excepcionalmente buenas, pero posibilitadas por otras y conducentes a otras que son intolerables. Por ahí puede andar el significado histórico de la rebelión de los pueblos centroamericanos, que es un anticipo de la rebelión de los pobres del mundo, que podrá ser domesticada una vez más, pero que no deja de ser una voz profética que ~~anticipa el apocalipsis~~ que se viene sobre nuestro mundo.

¿Podrán, según esto, triunfar los movimientos revolucionarios en Centroamérica? Para responder a esta pregunta hay que distinguir entre el plano de los valores y el plano de las realidades.

Hasta cierto punto puede decirse que en el plano de los valores y de los ideales los movimientos revolucionarios en Centroamérica, si no han triunfado plenamente, han conseguido ya algunos resultados importantes. El primero de ellos es haber alertado al mundo no sólo sobre la intolerable injusticia a la que se ven sometidos los pueblos centroamericanos y con ellos la mayor parte de los pueblos del mundo, sino también sobre la necesidad de auténticos procesos de libefación sin los cuales el desarrollismo promovido por los países poderosos no es sino una trampa más para que las cosas sigan igual, para que la máquina de los distintos capitalismos y de los distintos imperialismos funcione mejor. El segundo de ellos es haber demostrado

ARCHIVO ROMERO ELLACURÍA S. J.

ante el mayor poder de la historia que la rebelión de los pobres puede convertirse en una verdadera revolución popular, capaz de frenar, cuando no de superar, a enormes fuerzas contrarias. El tercero la necesidad de rehacer la civilización hecha hasta ahora preferencialmente desde los ricos y para los ricos y que debe ser hecha preferencialmente desde los pobres y para los pobres, supuesto que éstos son la inmensa mayor parte de la humanidad, esto es, los verdaderos representantes actuales de la humanidad. El cuarto la suscitación de un enorme caudal de esperanza con el que rebautizar un proceso histórico que en su dirigencia ~~cultural~~ actual se encuentra fatigado y decadente, por más que este cansancio y decadencia quiera disimularse con rearmes morales o con orgullos nacionales de superioridad que intentaan cambiar la idea trasnochada del super-hombre por la idea falsa a todas luces del super-pueblo; esta esperanza brota con fuerza de aquella parte de la humanidad que todavía no ha puesto su energía creadora al servicio de los intereses de las mayorías. El quinto, un redescubrimiento de las realidades naturales que, si por un lado tiene alguna relación con los movimientos ecologistas, por su lado mejor tiene ~~otro sentido~~ más originario porque implica un contacto directo y sencillo con las enormes riquezas de la naturaleza que no necesitan sofisticaciones para su disfrute sino que con un poco de ordenamiento están ahí a disposición común sin necesidad de tenerse que apropiar privadamente. El sexto, la recuperación de la idea de sacrificio, de la entrega solidaria a los demás, del idealismo que entrega hasta la vida para que los otros la tengamx mejor y en mayor abundancia. El séptimo, la necesidad de una reconsideración de la organización política de la sociedad, que supere la etapa burguesa de los partidos políticos no para caer en el partido único, uno de cuyos fundamentos últimos es el de mantenerse en el poder, sino para, a través de las organizaciones populares, cuyo fin no es el poder sino la defensa de los intereses populares, configurar una sociedad participativa en la que predominen los mecanismos sociales sobre los mecanismos estatales, que a veces se formula con la categoría de poder popular, aunque no se haya encontrado todavía la forma efectiva de ejercerlo autónomamente y al mismo

S. J.

tiempo sin caer en anarquismos que desconocen el necesario carácter institucional de todo lo social.

A estos resultados en el plano de los valores podrían añadirse otros, algunos de los cuales están ya incluidos implícitamente en los expuestos, pero con éstos ya puede concluirse que la lucha prolongada de los movimientos revolucionarios en Centroamérica no ha sido en vano. Ya la historia centroamericana no será la misma pues los revolucionarios han introducido en ella dinamismos nuevos consolidados que podrán reasumirse, pero no abandonarse. La misma continuación de la lucha hace ver que nos se trata de algo esporádico y, aunque cinco o diez años son pocos para la historia de un pueblo, no lo son sin en esos años ha habido intervenciones profundas en el entrañado social, como es el caso de la actual crisis centroamericana.

Sin embargo, si del plano de los ideales ya incorporados y de los valores hasta cierto punto realizados venimos al plano de las realidades empíricas, las cosas son un tanto distintas. La revolución nicaraguense no ha podido ni presumiblemente podrá ponen en práctica todos sus ideales revolucionarios, y esto por diversas razones. La principal es, desde luego, la ciega oposición contra ella de la administración Reagan, incapaz de respetar mínimamente a quien no se le subordina de forma total; esta oposición hace que los mayores esfuerzos del gobierno sandinista vayan a mantenerse en el poder a través de una enorme aparato de seguridad del estado y a través de una guerra que consume, como en el caso de El Salvador, el cuarenta por ciento del presupuesto nacional; en estas condiciones apenas quedan recursos, sobre todo si se atiende al cerco económico que Estados Unidos ha levantado contra Nicaragua, para hacer un gobierno que tenga una opción preferencial por las mayorías populares de un modo efectivo. Pero hay también otras razones, una de las cuales es la misma dificultad de gobernar, el realismo y pragmatismo propios de la función de gobierno; ante los problemas reales que presentan nuestros pueblos, cuando se

ARCHIVO IGNACIO ELLACURÍA S.J.

pretende su solución, se aprecia la dificultad del propósito y cómo muchas cosas no dejan de hacerse por maldad sino por su imposibilidad; así se ha visto que el sandinismo no puede subir los salarios de los cortadores de café o de algodón a la altura que reclaman los revolucionarios cuando están en la oposición, porque el mercado del café o del algodón no lo permiten; la revolución puede dar más sentido a los sacrificios pero no ahorra los sacrificios y, cuando estos son prolongados, causa en las masas populares grandes desasosiegos e insatisfacciones. Asimismo está la razón de que ninguna opción política es capaz de asumir para ella toda la representación nacional, con lo cual o se acepta un pluralismo activo en orden al poder o se cae en un totalitarismo dictatorial que por sí mismo despierta rebeldía permanente en estos pueblos amantes de la libertad; de poco sirve cualificar al adversario de anti-revolucionario o de reaccionario, el hecho de la disidencia está ahí tanto porque no se comparte la forma de realización del ideal revolucionario como porque no se aceptan formas más o menos totalitarias de gobierno. Todo esto ha hecho que el gobierno sandinista tenga que plegarse a estas condiciones objetivas que hasta cierto punto desdibujan el ideal revolucionario, pero que señalan por otra parte cuál es el camino del realismo histórico.

De otra forma se presenta el problema en El Salvador. Ya hemos dicho que un triunfo militar de los revolucionarios no es probable. Y si lo fuera no resolvería la dificultad porque es cierto que Estados Unidos lanzaría contra los triunfadores una guerra más descarada aún que la que lanza contra Nicaragua. El improbable trinfo del FMLN traería no el fin de la guerra sino su prolongación en términos aún más duros que los actuales y sin probabilidad alguna de terminar con ella en un plazo razonable. Esto que pudiera tener algún sentido en términos macropolíticos, no lo tiene si nos referimos a las necesidades actuales y futuras del pueblo salvadoreño. Pero dejando esto aparte la tesis más plausible es que no hay probabilidad de trinfo militar por parte del FMLN o, al menos, que esa probabilidad es menor

ARCHIVO IGNACIO ELLACURÍA S. J.

y no apreciable a la hora del cálculo político. Así las cosas es de todo punto de vista razonable y laudable que el FMLN-FDR proponga el camino del diálogo y de la negociación como salida de la trampa mortal en la que está enredado el pueblo salvadoreño. Y lo es también que el gobierno emprenda ese mismo camino, pues es también cierto que sin la aquiescencia del FMLN no hay posibilidad de gobierno efectivo en el país, pues tampoco se ve como probable que el FMLN pueda ser derrotado ni siquiera disminuido por la actual marcha de la guerra. El resultado de esta negociación en el mejor de los casos y después de diversas fases podría llevar, según la propuesta del FMLN-FDR a un gobierno de amplia participación, esto es, a una alianza en que ~~en el mejor de los casos~~ quedaría excluida la oligarquía y la extrema derecha, pero no la derecha moderada y en la que los sectores revolucionarios no tendrían en principio un poder hegemónico. Si la guerra no presionara sobre el gobierno y los militares de manera apremiante, lo más probable es que ni siquiera se llegara a eso por el camino de la negociación, sino tan sólo a un terreno sólido en el que se hiciera posible la presencia política del FMLN-FDR en la lucha por el poder, por el poder de la calle primero y por el poder del estado después. No por ello debiera pensarse que se hubiera avanzado poco. Si el sacrificio heroico de muchos hombres del FMLN-FDR trajera consigo la disolución definitiva del poder oligárquico causante de las mayores tragedias de El Salvador y al mismo tiempo trajera consigo una apertura política que permitiera a las fuerzas sociales revolucionarias imponer democráticamente los intereses mayoritarios que representan, se habría dado un paso realmente revolucionario en la historia del país. La guerra popular prolongada se habría convertido en una política popular prolongada, para la que naturalmente deben exigirse condiciones objetivas ciertas de posibilidad, pero que dadas éstas sería suficiente para llevar adelante una revolución que se acomodara a la composición de fuerzas e intereses legítimos que hay en El Salvador y, sobre todo, se acomodara a la realidad geopolítica del área, tal como se visualiza esa realidad desde el caso de Nicaragua.

CENTRO IGNACIO ELLACURÍA S.J.

Si se consolidara, mejorada, la revolución sandinista y si se consolidara tras una negociación la fuerza política del movimiento revolucionario salvadoreño, bastantes cosas podrían cambiar en el área centroamericana y, en primer lugar, en Guatemala que es con El Salvador la locomotora de un posible desarrollo económico en toda la zona. Guatemala tiene también una larga trayectoria en el camino de la revolución. Tras la caida del dictador Ubico en 1944 durante casi diez años con Arévalo primero y con Arbenz después se instura en Guatemala un proceso democrático popular que, si hubiera podido llevar adelante sus propósitos, hubiera supuesto un avance decisivo para toda Centroamérica. Pero Estados Unidos no quiso respetar ese proceso ni la legitimidad de Arbenz elegido democráticamente e hizo triunfar un golpe militar derechista que llevó al país a una tragedia de represión verdaderamente brutal. Imposibilitado el camino político surge el movimiento de guerrillas en 1962 que con diversos avatares llega hasta nuestros días en que desde 1982 toda la lucha revolucionaria queda coordinada en la Unidad Revolucionaria Nacional Guatemalteca (URNG), que no anula a cada una de las cuatro organizaciones revolucionarias. Esta guerrilla encuentra enfrente una violencia institucionalizada y un ejército muy estructurado, lo que hace difícil su lucha, a pesar de que no haya sido mucha la ayuda militar norteamericana. Esto hace más difícil que se pueda exigir y conceder un diálogo/negociación, pero es posible que avances políticos sustanciales en Nicaragua y El Salvador lo hicieran posible, sobre todo si se diera un triunfo de la democracia cristiana en las próximas elecciones guatemaltecas.

Todo ello repercutiría a su vez sobre Honduras, que está verificando en su propia carne cómo el interés de Estados Unidos no es el desarrollo económico y social de la nación hondureña sino el aseguramiento militar de su territorio a favor de Estados Unidos y en contra de todo proceso no ya revolucionario sino simplemente progresista que hiciera punto fundamental de su política la soberanía nacional y la independencia de Estados Unidos.

ARCHIVO IGNACIO ELLACURÍA S. J.

Así volvería a plantearse en conjunto la posibilidad de una solución centroamericana para Centroamérica en lugar de la solución norteamericana que representa el informe Kissinger. Esa solución centroamericana haría que cierta unidad de Centroamérica se consolidara, pues sin esa unidad el área entera carece de viabilidad económica aceptable y países como El Salvador no tienen viabilidad a mediano plazo. Hoy esto no es posible, en primer lugar por la presión norteamericana contra Nicaragua que obliga alos países satélites, especialmente a El Salvador, Honduras y Costa Rica a someterse a los dictados norteamericanos ; en segundo lugar, no es posible porque los procesos y los regímenes no están sincronizados. Pero un nuevo planteamiento por parte de Nicaragua, un arreglo en El Salvador y un subsiguiente arreglo en Guatemala podrían servir para un nuevo proceso de unficación centroamericana y para un nuevo proceso de independencia respecto ahora de Estados Unidos, no para ponerse en contra sino simplemente para poder ir realizando proyectos históricos que permitan vivir algo mejor a los pueblos centroamericanos, lo cual sería en última instancia el mejor respaldo a la seguridad norteamericana.

En este contexto algo cabe esperar de Contadora que es, ante todo, una solución latinoamericana y no norteamericana a los problemas del área y que, por lo mismo, no cuenta con el agrado de la administración Reagan que si acepta los objetivos del grupo, no acepta las medidas prppuestas, precisamente porque esas medidas dejan en entredicho el intervencionismo norteamericano, que es la única forma de política exterior que entienden para el área centroamericana Reagan y los suyos. Bastó con que Nicaragua para sorpresa de la dimplomacia norteamericana aceptara el Acta revisada de Contadora el gobierno de Nicaragua para que Estados Unidos y con él sus peones centroamericanos la rechazaran, mostrando así una vez más quién está de verdad interesado en mantner intervencionismos extranjeros en el área. De poco sirve que el grupo de Contadora (Colombia, Venezuela, México y Panamá) sea un grupo de países democráticos, no marxistas sino más bien capitalistas, de los que no pue-

ARCHIVO IGNACIO ELLACURÍA S. J.

de esperarse ningún apoyo a movimientos revolucionarios que puedan pretender la implantación de regímenes marxistas en el área. Basta con el grupo no de la razón en todo al Pentágono y al Departamento de Estado para que ya no sea de fiar.

El Acta de Contadora contiene medidas tan satisfactorias en cuestión de intervención extrajera que en un primer momento no encontró objeciones por parte de Estados Unidos y, menos, de los países centroamericanos. Parecía que quien más tuviera que sufrir con ellas era Nicaragua, a quien se acusaba de estar intervenida militarmente por cubanos y de estar dispuesta a intervenir contra sus países vecinos en ayuda de todo movimiento revolucionario. Bastó, como hemos dicho, que Nicaragua aceptara el acuerdo, después de haberlo criticado muchas veces como algo orientado en su contra, para que la no aceptación viniera de sus contrarios. Contadora ofrece compromisos en materia de distensión regional y de fomento de la confianza, compromisos en materia de reconciliación nacional que incluyen procesos electorales y otras acciones de reconciliación nacional; compromisos en materia de derechos humanos. En asuntos de seguridad presenta compromisios en materia de maniobras militares y sobre todo en materia de armamentos donde se propone detener la carrera armamentista, no autorizar bases o escuelas militares extrajeras, eliminación gradual de los asesores militares, eliminación de tráfico de armas intra y extraregional, abstención de todo apoyo a fuerzas irregulares y abstención de todo apoyo al sabotaje. Se propone asimismo terminar con toda incitación a la violencia y al la guerra y positivamente todo tipo de colaboración con hincapié en la colaboración económica. Todo este conjunto de medidas que no constituyen de modo alguno un paquete revolucionario sino todo lo contrario representan un mínimo aceptable que, si fuera asegurado, permitiría la soberanía de los países centroamericanos, el acuerdo mutuo entre ellos y el desarrollo político de las fuerzas populares. Aunque los movimientos revolucionarios no tienen por qué aceptar el Acta de Contadora, al no poder recibir ayuda de los países del área y al impedir éstos que les viniera del exterior, mostrarían cuál es su

S. J.

fuerza endógena, esto es, si representan un conflicto social fundamentalmente interno o simplemente un conflicto introducido desde fuera por intervención de potencias extrañas.

Contadora no será una solución a corto plazo. Si su propuesta es aprobada, los efectos de ella tardarán en hacerse sentir. Mientras tanto los procesos dentro de cada país seguirán en marcha. Los procesos electorales en El Salvador, Guatemala y Nicaragua irán consolidando a los respectivos regímenes, aunque los contrarios respectivos no los acepten. Pero esa consolidación no es solución. Los conflictos continuarán en El Salvador, Guatemala y Nicaragua y con ellos la destrucción de cada uno de los países y la imposibilitación de comenzar a reconstruirlos. Honduras seguirá con su mentira democrática sin hacer nada serio porque las mayorías populares alcancen formas de vida menos inhumanas. Costa Rica y Panamá seguirán con los problemas que representan sus deudas externas lo cual si no llegará a poner en peligro su estabilidad social, como el resto del área, no por eso dejará de causar problemas cada vez más graves. La crisis, pues, sigue abierta. El proceso o los procesos de liberación siguen pujantes, aunque también los procesos de dominación y sofocamiento. La cuestión centroamericana seguirá siendo cuestión mundial y con ello seguirá siendo espejo revelador de problemas de alcance universal. Y no será pequeña gloria de estos pueblos pequeños que, mientras avanzan en la solución de sus conflictos, sirvan al mundo de lección, para unos de lo que es la opresión, a la que tanto contribuyen los países que pertenecen al primer mundo; para otros lo que es la liberación asumida popularmente como única forma real de autodesarrollo. Por eso, aunque en un escenario pequeño, la verdad y la bondad del mundo están en juego en Centroamérica, y eso es lo que asusta a los imperior y poderes de este mundo.

Abril, 1985

ARCHIVO IGNACIO ELLACURÍA S.J.